

## Dúo a tres voces

**Walter Garib**

*A quien en silencio amo, y la  
Vida, lo ignora.*

Fortísimo

Aquella mañana, al concluir la tempestad, Javier Alcántara decidió ir a pescar al río Imperial. Acompañado de Tintín, su perro pastor alemán, se encaminaron a destino. En la atmósfera, prevalecían indicios de borrasca, aunque las lluvias y el viento, se habían retirado. Se perturbaba aquella sensación de aparente quietud. Mientras se aproximaban al río, Tintín levantó el hocico husmeador y agazapado, empezó a ladrar. La presencia de alguien, lo había perturbado.

A causa de la borrasca y las precipitaciones disparatadas de fines de junio, Javier debió permanecer encerrado varios días en su cabaña. Única posibilidad para sobrevivir en ese territorio, marcado por la hostilidad del paraje y el monólogo del

clima, cuando asoma el invierno. Si empieza a llover, nadie puede asegurar cuándo va a concluir. Tempestad tras tempestad, la vida continúa.

Como la estación trae ventarrones de huracán, que de cuajo arrancan las araucarias, agua en abundancia y nevazón en la cordillera, por costumbre Javier se abastecía de leña, kerosene y abarrotes de almacén. Además, preparaba truchas en salmuera, paté de oca y frutas en conserva.

En semejantes ocasiones, miraba llover como quien atisba el destino, sumido en recuerdos. Se preguntaba, cuánto tiempo debería permanecer sin salir a pescar. Recoger las ramas desencajadas de los árboles, en tanto despejar los senderos y hacer leña, al extenderse el invierno. Se hallaba dentro de la rutina, quedarse aislado y se resignaba a la soledad del encierro. Entonces, consumía las provisiones de su despensa, acumuladas como laboriosa hormiga.

Del pequeño invernadero junto a su cabaña, disponía de una variedad de legumbres y en un recinto adosado a la leñera, tenía aves de corral: gallinas, patos, perdices y una cabra que le proporcionaba leche.

Ese invierno asomaba, cargado de desgracias. Las lluvias desde mayo habían adelantado su presencia, convertidas en huésped, que nadie quiere recibir, cuando muestra arrogancia.

Se borraban los caminos y atajos, como si nunca hubiesen existido y surgían las huellas, que desorientan al caminante y lo hacen seguir equivocados rumbos. Se desplomaban las viejas araucarias, fastidiadas de mantenerse en pie, porque llegaba la hora. Crecía el río igual a várice y Javier y sus animales, quedaban náufrago en su soledad.

Al escampar, dio un respiro y apremiado se dedicó a reparar los estropicios del techo. A limpiar las acequias hinchadas de hojas y légamo, para que se escurriese el agua empozada. De lo contrario, podía anegar su cabaña, siempre expuesta al capricho del clima. Algo había en el aire, igual a anuncio de calamidad, o el indicio perturbador, que acecha el destino. ¿Cómo saberlo?

Esa mañana, cogió la caña de pescar y puso los avíos necesarios en una cesta de mimbre: lombrices, anzuelos, moscas hechizas y la merienda necesaria para él y su perro. Seguido de Tintín, compañero desde hacía años, se dirigió al río Imperial, situado a menos de doscientos metros de su cabaña. Al olfatear Tintín el aire perturbado, se dedicó a brincar. Algo lo aturdía. Se alejaba y se aproximaba a Javier, mientras gruñía, dando muestras de inquietud.

Quizá había en la orilla quien pescaba o los polluelos de una garza, pero solo en dos o tres ocasiones, encontró a una

persona ahí. Se trataba del guardabosque, sujeto de amarga expresión que evitaba saludar, quien, al año siguiente, moría aplastado por una araucaria.

Tintín gruñía y ladraba, envuelto en la actitud de querer comunicar una desgracia o la presencia de un extraño. A esa hora, descendía por el río una barcaza cargada de troncos de araucaria, pero Tintín ladraba por otro motivo. Javier entendió el mensaje. Tal vez el río, a causa de la inesperada crecida, había extendido sus riberas hasta una zona de riesgo, donde el fango los podía succionar.

Observaba el sendero desde el atajo del abrupto camino y cada paso lo realizaba como si fuese a pisar ciénaga. Ciénaga que simula ser dulce remanso de agua cubierta de una vegetación acuática, pero oculta la traición. Hacía dos años, pudo morir engullido a causa de la blandura del terreno, sin embargo, se aferró al cuello de Tintín y a tirones, el perro lo salvaba.

El día acusaba estragos de una semana de tempestad. El paisaje permanecía alborotado, invadido de dudas, aunque la belleza no claudica, mientras se esparcía el aire perfumado a vegetación, que le acariciaba el rostro, lo cual aminoraba su pesadumbre. Eucaliptus, alerces y araucarias desgajados, sembraban la escena después de la tormenta. Algunos de ellos

caídos, que obstruían el sendero y obligaba al caminante a hacer un recoveco.

A menudo, aparecían pumas hambrientos alrededor de la cabaña de Javier, al olfatear las aves de corral, pero Tintín sabía cómo ahuyentarlos. Hacía tres años una de las fieras lograba entrar al gallinero y mataba aves en un revuelo de plumas, cacareos y sangre, pero Javier con una horqueta y apoyado por Tintín, lograba ahuyentarla. En el aire de la mañana, que tanto inquietaba al pastor alemán, olía a herida vegetación. Aquella oportunidad parecía distinta a otras, envuelta en la sorpresa.

También surgían bandadas de patos silvestres y enseguida, retornaba la quietud a veces engañosa. Menos frecuente era la aparición en el cielo de un cóndor solitario, rumbo a la cordillera. El batir majestuoso de sus alas, semejaban abanicos aventando el aire. Silencio que anuncia desgracias, metidas entre los matorrales, de donde por sorpresa, emprende el vuelo la perdiz o huye la liebre. La incertidumbre del clima, a menudo acompañado de la erupción de los volcanes, siempre al acecho.

Al alcanzar Javier la ribera próxima, advertía atolondrado al río. Corría enloquecido “rumbo a la mar que es el morir”; y por momentos, quería salir de madre. Desde que pescaba ahí,

nunca había observado aquella hostilidad; las aguas tan perturbadas y oscuras, como si el río se negara a entregar las truchas y salmones de su vientre.

Ahora, Tintín ladraba con fuerza y dirigía su hocico husmeador en dirección al meandro, atosigado de cañas, donde Javier acostumbraba pescar. En ese remanso, distraía las horas, la soledad y disfrutaba cuando un pez mordía el anzuelo. Indiferente a la prisa junto a su perro, descendía a trechos por un sendero resbaladizo. A veces caía y solícito se incorporaba. Ramas sueltas lo azotaban como látigos de verdugo, dificultándole el paso.

El cielo entintado de violeta, bien podía anunciar lluvias acompañadas de borrasca, sin embargo, confiaba que no lloviese a esa hora. Lo intuía y Tintín parecía apoyarlo. Igual, los ladridos insistentes del perro herían la mudez y asustaban a las garzas y patos, que raudos, se alejaban del sector. Ese volar acompasado a cualquiera conmueve, porque parecen pañuelos blancos agitados de quienes bailan. Las aves al remontar, semejabán nubecillas en movimiento o las manos que dicen adiós. Después, el silencio.

A Tintín le divertía ahuyentar las garzas y corretearlas, hasta obligarlas a emprender el vuelo. Casi al llegar al meandro, daba saltos como si las pulgas que no tenía,

regresaran de improviso a hostilizarlo. ¿Acaso había visto una garza perezosa, que se negaba a escapar? En más de una oportunidad había logrado cazar un de ellas, pero su amo la rescataba del hocico del animal. Ahí advirtió Javier que, enredada entre los juncos y cañas, a medio sumergir, había una persona, vestida con camisón azul. ¿Se hallaba muerta o aún vivía? Apresurado, abandonó sus bártulos de pesca y corrió a auxiliarla.